

la usurpacion, y cuyo cetro no se ha tronchado, porque los reyes aceptan á cualquiera que, como Napoleon III, no sirva de amenaza á las monarquías haciendo concesiones á la democracia.

Maximiliano sabia el derecho que los llamados notables pretendieron conceder á Napoleon, ó lo que es lo mismo, que sin la voluntad de este, y sin su apoyo moral y material, la aceptacion del imperio significaba menos que un sueño. Este solo hecho, hace indestructible el cargo de haber aceptado la corona que se le ofrecia como instrumento del Emperador de los franceses.

Maximiliano en el juicio que se le formó, quiso defenderse sosteniendo que habia venido solo con su familia y sin mas armas que las consabidas actas de adhesion, cuyo valor podrá estimarse con solo hacer notar, que en ellas constaban nombres de personas, que lejos de haber firmá-dolas, se hallaban al lado del Gobierno constitucional, ó empleadas por él, en lugares distantes, al servicio de la República.

La suplantacion y la falsedad eran armas prohibidas, y en honor de la verdad, creemos que el Archiduque lo ignoraba; pero lo que no pudo ignorar, fué la clase de guardianes que halló á su paso por las ciudades y caminos que atravesaba: eran de tropas francesas que habian sojuzgado una pequeña parte del territorio nacional derramando sangre, de manera que su paso era igual al que hubiera traido el rey D. Fernando el Católico, ó el Emperador Carlos V, despues que Hernan-Cortés tras un guerra desastrosa para los mexicanos, allanó el camino que los Vireyes habian de cruzar en marcha triunfal.



MAXIMILIANO.

Pudo engañarse Maximiliano, si al llegar á la Capital de la República, no obstante la presencia de las armas francesas, que hacian sospechosa la pretendida adhesion de los mexicanos al imperio, hubiese hallado á todo el pais completamente sometido, ó al menos á la mayor parte de él; pero no fué así, y es moral y físicamente imposible que se le ocultase la estrecha línea, que en esos momentos podia decirse sujeta á su dominacion.

Ardia la guerra en Michoacan, y los Estados de Guerrero, Coahuila, Durango, Jalisco, Nuevo-Leon, Tamaulipas, Sonora, Sinaloa, Oaxaca, Tabasco, Chiapas, Colima y el Territorio de la Baja California estaban en pié todavia sosteniendo á la República; si á esto se agrega que en la costa de Veracruz, y en la serranía de Puebla, en la remota Península de Yucatan, y en el Estado de San Luis Potosí, y en casi todos los demas Estados que pisaban las tropas francesas, la lucha se sostenia por un batallon ó por una guerrilla, forzosamente vendremos á parar en que el Archiduque de Austria, no solo no pudo mantenerse en su error, sino que en el acto de ocupar el palacio nacional, palpó necesariamente la verdad de la situacion, y se convenció de que le quedaba por someter una inmensa mayoria de la República.

Entonces la honradez y la conveniencia propia debieron aconsejarle el abandonar un pais, que lo recibia en son de guerra: entonces debió entender que se le habia hecho víctima de un engaño; y tambien debió relegar al desprecio la sabiduria de sus consejeros de Europa, que con tanto desacierto habian fundado la legalidad de un procedimiento único en su especie.

Pero si la ceguera del Príncipe fué tal que le durase algunos meses, es increíble que se halla prolongado en el mismo México, cuando en Europa no era desconocida la situacion de la República. El 14 de Mayo de 65, D. José Hidalgo en calidad de ministro de Maximiliano, por medio del llamado Secretario de Relaciones, le decia entre otras cosas, lo que sigue:

“Voy á tener la honra de informar á V. E. del estado en que se hallan nuestros asuntos, cuya gravedad no es posible desconocer.

“En mis despachos anteriores, he dado cuenta de la honda impresion y de la desconfianza que ha producido aquí y en el resto de Europa la cuestion religiosa, la rebelion de algunos gefes y la prolongacion de la lucha armada. Desgraciadamente el correo anterior trajo la noticia del descalabro de una fuerza francesa en Mazatlan, en el que perecieron algunos oficiales y soldados de marina franceses y otros cayeron prisioneros; desgracia que se atribuye en gran parte, á la defeccion de los 200 mexicanos que acompañaban á los franceses.

“El público se habia acostumbrado á recibir por cada correo, noticias plausibles, ya respecto á la pacificacion del pais, ya por el entusiasmo espontáneo de las poblaciones, y ya, en fin, por las medidas adoptadas por el Emperador, que eran aplaudidas en ambos hemisferios.

“La opinion pública se habia fortificado de un modo tan lisongero, que yo no podia presentarme en parte alguna, sin recibir las felicitaciones mas cordiales, y los votos mas generosos por el porvenir del Imperio; pero las noticias que he citado, señaladamente la última, no solo han producido

el desaliento, sino que ha habido momentos en que no me ha quedado duda del disgusto con que volvía á verse á la Francia empeñada en una empresa, cuyo término se ve lejano en los momentos mismos que habia renacido la satisfaccion y la confianza.

“La prensa de la oposicion confundida por la elocuencia de los hechos, habia observado un significativo silencio durante muchos meses, limitándose á insertar con un laconismo que revelaba su despecho, las buenas noticias que recibiamos por cada correo; pero ahora ha variado táctica y empieza ya á volver á su hostilidad, apoyándose en los hechos recientes.

“Por supuesto que la prensa de oposicion liberal, aprueba la política del Emperador Maximiliano, y como no puede ya decir que la bandera de la Francia nos ha impuesto el Imperio, ni que á su sombra se sigue una política reaccionaria, hace la oposicion pidiendo la vuelta del ejército, y apareciendo como que teme una complicacion en los Estados-Unidos, el dia que hagan la paz. No debo ocultar que este último argumento, se me presenta aquí dia por dia, por multitud de personas que no me cabe duda nos son favorables, pero que temen tambien ver á la Francia empeñada en una lucha gigantesca y altamente impopular aquí; mas aún, por que no se tiene fé alguna en la alianza de la Inglaterra. Pocos son, en efecto, los personajes de importancia, con quienes he hablado, que crean que la Inglaterra no permitirá que se ataque el Canadá y que esto la obligará á ser una aliada sincera de la Francia, en la cuestion de América.”

Con vista de hechos tan saltantes, la razon mas débil se

resiste á creer que Maximiliano se hubiese engañado tanto tiempo sobre su verdadera situacion. En este respecto, la buena fé del Príncipe no ha quedado bien puesta, ni sus inteligentes defensores pudieran apoyarle, sino en supuestos inadmisibles para la conciencia pública.

Al presentarse el Archiduque en las playas de México, espontáneamente arrojó la promesa de no aceptar el poder si este debia costar una gota de sangre mexicana. Ya hemos visto que en los mismos dias en que hacia su lujosa entrada á la Capital, se derramaba la sangre, no en gotas sino á torrentes, en mas de la mitad de la República. La campaña de Oaxaca era la prueba mas latente de la resistencia que se oponia al Imperio; Maximiliano tenia esa prueba en sus manos, y sin embargo, relajó su promesa.

Aunque no fuera mas que desde esos momentos, y por buena y recta que estimase su intencion, él mismo se colocó en condiciones de caudillo armado para combatir á la República. Desde entonces ya no pudo creerse que era el elegido de la mayoria de los mexicanos, sino el principal campeón de una causa nueva, para cuyo triunfo necesitaba inaugurar una política aceptable, pero siempre con el apoyo eficaz y poderoso de las armas francesas.

No era ya posible á la inteligencia humana considerar al Archiduque austriaco de otra manera que como cabeza de partido, y de partido que habia traicionado á la Nacion, procurándose por mas de treinta años un auxilio extranjero que lo pusiese en aptitud de realizar el sueño de la monarquía.

Aunque débil en sí mismo el argumento de Maximiliano

y de sus defensores, para cohonestar ó atenuar el error del Príncipe sobre su pretendida popularidad, hemos querido detenernos en los hechos que preceden, porque ellos importan el desvanecimiento de ideas trascendentales que se han vertido en la defensa.

Para destruir los cargos que se hicieron á Maximiliano de usurpador del poder público; enemigo de la Independencia y seguridad de la Nacion; perturbador del orden y la paz pública y conculcador del derecho de gentes y de las garantías individuales, los defensores establecieron un supuesto falso y peligroso para México, en el concepto de Europa, donde podria realmente creerse que, cuando menos, la mitad de la Nacion Mexicana era partidaria del régimen imperial.

Los Sres. Ortega y Vazquez que patrocinaron á Maximiliano ante el consejo, asentaron como doctrina; que, "Cuando lo que se presenta en una Nacion, en una sociedad, es el estado de rigorosa rebelion, es decir, el alzamiento de una minoria insignificante contra la mayoria, aquella, necesaria é indispensablemente sucumbe, y esta tiene el derecho de castigarla, porque ha cometido el crimen de perturbar la paz pública sin motivo legal que la autorizara á hacerlo. Pero á veces las sociedades, sobre todo las regidas por instituciones populares, suelen verse en otro estado; y es el de que dividiéndose casi por partes iguales, una porcion quiere una cosa y otra pretende la contraria. Cuando una minoria respectivamente pequeña, se opone á lo decidido por la mayoria, aquella tiene el deber de resignarse y someterse, porque esta es la ley de las asociaciones todas, á saber, el que la minoria tenga que

someterse á la mayoría en todo aquello que no altere la constitucion de la sociedad. Pero cuando haya una verdadera y rigurosa division entre sus individuos, cuando la fuerza de ambas secciones en que una Nacion se divide casi se equilibra; cuando ambas secciones toman sumo calor é interes en los puntos que las dividen; cuando ninguna de ellas se presta á hacer concesiones á la otra, entonces tal conflicto, lo mismo que si él se hubiera presentado entre naciones soberanas é independientes, no puede decidirse de otra manera que recurriendo á las armas. Para decidir las cuestiones internacionales, sin apelar al desastroso y sangriento recurso de las armas; para procurar hacer desaparecer la guerra entre naciones, siglo tras siglo han aparecido publicistas filósofos y humanitarios que han formado diversos sistemas con ese objeto, que hasta hoy han quedado ineficaces y estériles; de manera que en el estado que hoy guarda la ciencia política, el problema de una paz perpetua entre las naciones, se presenta tan insoluble en la ciencia del derecho de gentes, como lo es en la ciencia matemática el de la cuadratura del círculo.”

No entraremos á examinar la exactitud de esta doctrina basada en hechos positivos ó imaginarios, pero en nuestra calidad de historiadores, tenemos el penoso deber de censurar su absurda aplicacion. Si los incontestables hechos que llevamos referidos, no bastaran para demostrar con absoluta claridad que la mayoría de los mexicanos rechazaba el imperio, hay de esto otra prueba concluyente que era de todo punto imposible se ocultase á Maximiliano y á sus generosos defensores, que en su celo de abogados, apelaron á un sofisma, ingenioso es cierto, pero perjudicial al

buen nombre de México en el exterior, y antagonista de la verdad histórica.

Cinco años trascurrieron desde que la intervencion europea apareció en el puerto de Veracruz, y cuatro años pasaron de la proclamacion del Imperio por la llamada junta de notables de México. En esos largos periodos, la guerra dejó acéfalos multitud de pueblos, y no se tiene noticia de que uno solo, al menos que sepamos, proclamase espontáneamente la monarquía. Y no se diga, que era porque se temiese la presion de los republicanos, porque cuando un pais se halla dividido por partes iguales, como asentaron los defensores, la presion de un partido no es suficiente para que deje de estallar la sedicion ó la rebeldia. Es de notarse como no se cuenta una acta de adhesion salida de un pueblo antes de ser ocupado por las armas francesas, aun cuando en él no ecsistieran las republicanas, y como en el acto de retirarse las fuerzas imperiales de cualquier punto, aun cuando no quedase amenazado por las armas de la República, inmediatamente optaban por el antiguo régimen.

Siempre que las tropas independientes avanzaban victoriosas y reunidas sobre un punto dado, dejaban atrás Ciudades y Estados enteros desguarnecidos, y en ninguno de estos se daba el caso de una reaccion en favor del Imperio. Esta circunstancia inocultable, hacía que la insistencia de los imperiales y de su Gefe, apareciese mas que insensata, criminal.

La paz que reinaba en todo el territorio abandonado por los imperiales, era, mas que demostracion matemática, una protesta contra la especiosa razon de que el pais estuviera

perfectamente dividido en bandos iguales, así como no es cierto que Maximiliano lo hallase en estado de rigurosa rebelion; pues si bien es verdad, que existian alzadas algunas partidas de insurrectos sin bandera, reducidos á merodear en los puntos montañosos, tambien lo es que esas partidas indefectiblemente habrian sucumbido sin el cuantioso ejército de Francia, con el cual equilibraron el poder militar de la República.

Si despues Maximiliano dió á su dominacion un carácter de gobierno regular, preciso es no hechar en olvido que, para buscarse partidarios recurrió hasta á la coaccion. Mil testimonios acreditan, que se conminaba con multa y aun con destierro á los ciudadanos que resistian aceptar cargos públicos. La resistencia de los mexicanos para engancharse en la milicia imperial, fué tan patente, que el príncipe que queria nacionalizar su gobierno, hubo de resolverse á contratar alistamientos de soldados austriacos y belgas; y esto constituye otra prueba irrefragable de la ninguna fé que le merecian ya las actas de adhesion, y de que no contaba para mantenerse en el poder, mas que con fuerzas enteramente estrañas.

Tampoco debe olvidarse que al asomar la intervencion, casi todos los pueblos de la República, sin sugestiones de ninguna clase, como á todo el mundo consta, elevaron espontáneamente millares de actas en que protestaban de una manera vigorosa, contra la invasion estrangera y contra el proyecto de monarquía. Esto era una razon de mas que reafirmaba la legitimidad de la República y de su Gobierno.

Imposible se hace desconocer demostraciones tan precisas y sobradas, para sostener con verdad y justicia que la

gran mayoría de los mexicanos no aceptó el Imperio. Si la debilidad y el temor produjo á este numerosos cómplices, como sucede en todo país subyugado por la fuerza, ellos pesaban tan poco en la balanza política, que solo debido al esfuerzo de Maximiliano y de sus obcecados parciales, pudieron subsistir tres meses despues que los soldados de la Francia evacuaron el país, tres meses únicos, y eso sitiados en tres ciudades y en los últimos extremos de la agonía del llamado Imperio.

Los principios de libertad y de progreso siempre, y fácilmente se han aclimatado en el mundo, las usurpaciones nunca.

Si Maximiliano, ajustándose á las reglas de *Equidad y Justicia* con que saludó al nuevo continente, hubiese traído una sola idea generadora de paz y de libertad, jamas habria legitimado su poder, y sin embargo, quizá lo habria hecho tolerable y su causa habria entrañado un principio realmente político. Pero desde el momento en que fracasaron sus ensayos, dirigidos á crearse popularidad, y en que sus deseos, por escelentes que fuesen, se hicieron impracticables, toda insistencia para asentar su trono era una falta imperdonable.

Esa falta tomó las proporciones de un delito, cuando para mantenerla el Archiduque renunció á toda idea política y se puso á la cabeza de un bando, cuyos caudillos, tristemente célebres por sus crímenes y por el concepto que la misma Europa habia formado de ellos, habrian de servirle como el último y odioso baluarte que debia envolverlo en sus ruinas.

Si de hecho Maximiliano fué un gobierno, dejó de serlo

en el acto de ponerse al frente de los hombres mas perniciosos á la paz pública, y haciendo solidarias sus responsabilidades, se colocó al nivel del asesino de Tacubaya y del detentador, que fracturando los sellos de una Legacion, se apoderó de caudales ajenos para emplearlos en la guerra civil.

Quede, pues, sentado como una verdad histórica, incapaz de velarse con sofismas de ningun género, que la Nacion mexicana no estaba dividida en porciones iguales ni en opiniones contrarias. Una minoría rebuscada entre los hombres mas débiles, entre los mas hambrientos, y al último, entre los de menos moralidad, no podian constituir un partido político.

Maximiliano, puesto á la cabeza de una banda de rebeldes consuetudinarios que ponian en práctica los medios mas reprobados para medio organizar sus escasísimas fuerzas, se apropió el carácter de perturbador de la paz pública, de usurpador del poder y de conculcador de las garantías individuales.

Una ley prexistente, sancionada con anterioridad á la venida del Archiduque, que se hacia increíble, imponia el castigo de aquellos delitos. Maximiliano no pudo ignorarlo, afrontó el castigo y lo recibió.

Los defensores del desgraciado Príncipe, en el calor de su celo científico y con la escitacion nerviosa que produce un gran acontecimiento, soltaron prendas terribles contra el gobierno de su propia patria. “La muerte de Maximiliano—han dicho—podrá llamarse por algunos justa venganza nacional, pero nunca merecerá los honores de un gran pensamiento de hombres de Estado,” especie de sentencia

condenatoria de una ley hábil por la época en que fué dictada, del gobierno que la promulgó y del pueblo que le prestó su sancion.

Preciso es consignar aquí que la muerte de un hombre, por criminal que fuese, importaba bien poco á la sociedad mexicana, que se vió en el caso, en extremo penoso y triste, de sacrificar á un Príncipe sabio, valeroso y lleno de bondad. Precisamente estas altas cualidades eran las que engendraban el mayor peligro para la futura paz y bienestar de la Nacion. Los errores de los sabios son los que producen mayores descarríos, porque van prestigiados con el esplendor de la ciencia. Maximiliano habia cometido uno de esos errores: su valor llegó á emplearlo en derramar la sangre mexicana por un principio de falsa hidalguía, y su bondad lo llevó á firmar un decreto espantoso, formulado por Bazaine, á quien no pudo negar ese acto de benevolencia propia para contentar á un aliado que le era necesario.

Las consecuencias de la guerra no importan mas que la espresion de las de la política, y en una como en otra, cuando la necesidad determina un lance doloroso, se siente; y si no se aplaude, hay que lamentarlo en silencio. En una invasion que los ingleses llevaron al Sur de los Estados-Unidos, el General Jackson, agredido en New-Orleans, tuvo la imperiosa necesidad de defenderse á todo trance: examinando al enemigo, descubrió al General inglés, cuyas cualidades supo admirar. Sin embargo, teniendo presentes los resultados de su defensa, aunque con pena, ordenó que muriese, y murió, no en medio ni á consecuencia de lo reñido de la pelea, sino sirviendo de punto objetivo, mas